

# ENSANCHANDO NUESTRO HORIZONTE POLÍTICO

Andrés Simón

*Estamos por la democracia que está por hacer, estamos  
contra la democracia que se deshace*

E. Mounier.

Desde el mes de octubre del año pasado estamos asistiendo a una precampaña electoral. Esto ha llevado a los partidos políticos a tener preparada la maquinaria electoral con mucha antelación, a realizar campañas de imagen para que aumente la popularidad de sus líderes respectivos, a criticar en todo lo posible las actuaciones de los oponentes, etc. Y, todo este proceso de febril actividad se ha desencadenado al acariciar la idea de unas próximas elecciones.

¿Por qué ponerse tan nervioso? ¿qué tienen de especial unos comicios? Cuando empiece la verdadera campaña electoral, cuando la fecha esté marcada, empezaremos a conocer la respuesta: Vivimos en democracia. Esto supone que el pueblo es soberano y que en las elecciones decide quiénes serán sus representantes, quiénes llevarán a cabo la tarea política durante el próximo período, hasta que unas nuevas elecciones se convoquen y nos convoquen. Ese día tendremos el deber y la responsabilidad, ante la sociedad y ante el resto de nuestros conciudadanos, de participar para así consolidar la sociedad democrática en que vivimos. Ese es el día del acto político por excelencia, una especie de renovación mitológica del tiempo que hemos de vivir, un recomenzar los ciclos agotados, y ahora renovados por la fuerza del dios demos. Durante la campaña electoral descubriremos que todos los partidos se preocupan por todos nosotros, que el pueblo es soberano, y que todo lo que se propone es para nuestro bien. Nosotros somos el sentido de la actividad de los partidos políticos, sin nosotros, sin TODOS nosotros, la política democrática carecería de sentido. Nuestra participación en este día resulta irrenunciable.

Ciertamente, es un poco caricaturesca la situación descrita, pero con ello lo único que pretendo es poner de manifiesto lo estrecho que puede ser un debate en torno a la pregunta de las elecciones cuando se queda reducido a un dilema de tipo hamletiano: «Votar o no votar. He ahí la cuestión». O bien, cuando al plantearnos algo así como nuevas posibilidades de voto, lo único que barajamos es añadir una nueva posibilidad de elección planteada con igual formato que las existentes hasta el momento. Lo cierto es que no creo que tenga mucho sentido la pregunta por las elecciones dentro de este escaso margen que deja la pregunta así formulada. No, el problema no está en si se deposita o no una papeleta el día de las elecciones o en que se pueda añadir una nueva posibilidad de elección. Caer en este dilema, así planteado, tanto para responder afirmativa como negativamente, supone estar metido de lleno en el seno de la democracia formal. Lo que hemos de ser capaces



de plantear son modelos de política verdaderamente acordes con el modelo de sociedad personalista y comunitaria que nosotros buscamos e intentamos construir, sociedad que para empezar no se construye en un día ni en un domingo por la tarde en torno a una taza de café. «El personalismo, según le expresión de Maurice Nédoncelle, no es 'una filosofía de domingos por la tarde'»<sup>1</sup>.

Antes de seguir adelante hay un punto que conviene dejar aclarado, puesto que muchas veces en este tipo de debates, cuando alguien critica las formas de participación y propone otros modos de vida política enseguida se le arroja el calificativo de fascista, de dictatorial etc. Y tal y como bajan en nuestros días de revueltas las aguas es necesario hacer un par de observaciones. La crítica que nosotros llevemos a cabo no tiene como objetivo sacar a la luz las carencias de este sistema para proponer su eliminación y sustituirlo por nuestro gobierno, que acabaría con todos los enemigos que nos acechan y nos llevaría a una solución inmediata de los problemas con nuestra sola presencia en el poder. No, nuestras intenciones no van por ese camino. Con Ricoeur afirmamos: «Finalmente, terminaré por la fragilidad, de la que muy pocos son conscientes, de las instituciones democráticas; nuestro sistema político es el primero en afirmarse fundado en la soberanía popular y que se confía así a la fragilidad de un querer vivir en tales o cuales instituciones. Poder, fragilidad, responsabilidad crecen juntos»<sup>2</sup>. Es porque esa fragilidad existe por lo que nosotros buscamos sus fallos para intentar profundizar en nuestra responsabilidad hacia nuestro querer vivir juntos. Quizá, precisamente porque la situación hoy trae hasta nosotros sombríos vientos del pasado, debemos más que nunca ser conscientes de nuestra fragilidad, de nuestra debilidad. Y no esperar a que vengan a por nosotros cuando ya sea demasiado tarde (Brecht).

Así pues, ofrecer nuevas posibilidades de voto pasa por ofrecer formas de profundización de nuestra vida política, que no consiste en depositar una papeleta en un mágico día, sino en buscar formas que articulen nuestro vivir en común cotidiano.<sup>3</sup>

A esto mismo es a lo que se refiere una de las tesis acerca de qué quiere ser el Instituto E. Mounier aprobadas en la asamblea de 1988:

Decíamos que todo es política, pero no basta con que así sea para que una política se legitime; en nuestra opinión sólo merece el nombre de política la que se sitúa en la entraña misma de la sociedad y al mismo tiempo se centra en la persona. Somos hasta el tuétano personalistas por políticos y políticos por personalistas: enraizados en la naturaleza, convivientes en la ciudad, dotados de racionalidad, a nosotros toca administrar nuestra convivencia. A ese quehacer vital comunitario y a la vez personalísimo le llamamos, pues, política. Precisamente por ello esta visión de lo político sobrepasa el estrecho ámbito de los partidos y de las urnas, así como el estrecho

1. MOUNIER, E.: *El personalismo*. En *Obras Completas III*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1990. pág. 472.

2. RICOEUR, Paul: Discurso de investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad Complutense de Madrid. 27 de Enero de 1993.

3. Sobre toda la temática aquí tratada recomiendo encarecidamente la lectura del apartado tercero, titulado: Verdad y mentira del compromiso político (en especial el punto tercero: Llamada a la unión en favor de una democracia personalista. *Esprit*, 1 de diciembre de 1938), del cuaderno de Clásicos Básicos del Personalismo nº 2 *Emmanuel Mounier (I)* de Carlos DÍAZ.



cálculo de posibilidades (votos) en torno a la toma del poder organizado desde la propaganda y el dinero, donde ya la toma del poder es el precio único y la razón de la actividad. Amamos la permanente participación asamblearia, la cultura que la genera y la sazón, y el poder compartido por el pueblo, pues el único poder legítimo es el poder compartido. De ahí que no tengamos nada contra la política al uso, y a la vez lo tengamos todo. Sabemos que a la inercia actual se la denomina democracia, y al *statu quo* madurez.

Se trata, pues, de una vez llegados a este punto intentar señalar alguna alternativa. Aquí se plantea la cuestión acerca de cuál es nuestro modelo de actuación política: ¿Es el marco actual de participación? ¿Consiste en crear una nueva formación política? ¿Se solucionarían las carencias del actual modelo con la inclusión de un nuevo partido político? ¿Falta crear un «partido personalista y comunitario» en el espectro político para que podamos decir que se encuentra completo? Esta es una cuestión difícil y que ante todo no se puede contestar con un simple sí o no. Dejando a un lado la cuestión de cuál sería el papel del Estado en una sociedad personalista y comunitaria, pasemos a ver con un poco más de detalle si crear un nuevo partido político sería la opción adecuada para crear nuevas perspectivas de voto, de participación política.

Este asunto se aclararía bastante si llegáramos a poder delimitar dónde reside la diferencia específica de un partido personalista y comunitario. Desde luego que no bastaría con decir que tomamos como centro a la persona, que buscamos ante todo promocionar su dignidad, etc. Por desgracia dentro de la confusión reinante hoy en día más de uno se atribuye la herencia del personalismo como inspiradora de sus fuentes. Ahora bien, no cabe duda de que ciertos puntos fundamentales de los objetivos que un partido así se planteara harían que se diferenciara de todos los demás, por ejemplo, su planteamiento en torno a la explotación del Norte al Sur. Pero yo no creo que sea el contenido de un programa lo fundamental para distinguirse de los partidos hasta ahora presentes, porque, visto desde fuera, nuestra actitud si se limitara a este punto no se diferenciaría en mucho de lo hasta ahora presente, por norma general. «Nosotros traemos el verdadero cambio, ahora ha llegado el verdadero momento: ¡Vótenos!». ¿No suena esto a esquemas ya muy habituales en la sociedad actual? ¿Dónde residiría nuestra credibilidad respecto del resto de las formaciones?

Otro punto que se plantea cuando se contempla la posibilidad de crear un partido político estaría en torno al objetivo del mismo. ¿Se trata de alcanzar el poder? Citábamos arriba los peligros de la toma del poder para la actividad política. ¿Qué nos garantizaría nuestra entereza si llegáramos a ocupar el poder? ¿Seríamos verdaderamente capaces de «compartir el poder»? ¿En qué nos diferenciaríamos del resto de las formaciones, que incluyen todas en sus programas la honradez, la transparencia, los códigos deontológicos? ¿Son todos los hombres que se dedican a la política tan canallas que en ellos no existe la más mínima intención de servicio hacia los demás?

Así las cosas, ¿merece la pena intentar crear un partido político? Desde luego como primer paso no. Y esto porque si en algo nos podemos diferenciar profunda-



mente respecto de las alternativas propuestas es en la mística que nos alimenta. Mística que hace que no empecemos a construir la sociedad personalista y comunitaria que deseamos por este punto. Mística que resumía Carlos Díaz en una de las tesis antes mencionadas de la siguiente manera:

Cualquier identidad político-cultural conlleva una mística; para nosotros valen estas palabras de Péguy todavía al respecto: 'Mística republicana la había cuando se daba la vida por la república, política republicana la hay ahora que se vive de ella'. ¡Y cómo se vive ya! Aquella mística de Péguy era la de los pobres de la tierra, y sabe que la liberación de los últimos es cosa de los últimos mismos, conscientes de padecer tanto la explotación como la opresión y de no quererla para nadie. Es, pues, una mística del Sur: el Sur como lugar de mística, fuente de política y fuerza de cultura. Tal fuerza se alimenta de mucho trabajo, mucho estudio, mucha reflexión. A veces tendremos la sensación de hacer el primo trabajando para el hermano, gratis y a destajo. Cuando los demás, bien pagados, se van a casa con los honores nosotros seguimos caminado. Hará falta valor para afrontar este camino infinito.

Así pues, mística del Sur como fuente de la que beber para crear nuevas perspectivas para ensanchar nuestra participación política. Si de verdad queremos que nuestra sociedad sea democrática, que en ella TODOS participen, empecemos por ponernos al servicio de los pobres de la misma, de los que no cuentan en el cálculo de votos porque nunca tendrán posibilidades reales de echar la papeleta en las urnas. Si algo realmente novedoso podemos aportar es este planteamiento, esta vivencia. Empecemos por trabajar con ellos y junto a ellos. Desarrollemos en nuestra vida una conversión que nos lleve a actitudes de desprendimiento, de servicio, de disponibilidad. No esperemos a estar arriba para crear dichos hábitos, porque entonces nunca lo haremos.

Pero, como tantas veces hemos insistido, solo la conversión personal no basta. Mounier lo formuló maravillosamente: «La revolución será personal o no será, será estructural o no será». No se trata de pasar un tiempo «adiestrándose» para a continuación formar ya un partido político. No, juntos hemos de conseguir descubrir los problemas fundamentales de nuestra sociedad y juntos hemos de vivirlos. Vivamos aquí las insuficiencias de nuestra estructura social, las injusticias en la distribución, la coartación en las posibilidades de tantas y tantas personas, etc. Aportemos aquí todo lo que hemos trabajado en el terreno de la teoría. Desde luego, no se trata aquí de hacer un canto al pauperismo. De empezar a ver si soy lo suficientemente pobre, si no me estaré aburguesando demasiado, si tengo esto o lo de más allá. A nadie se le debe desear la miseria.

Muchos entre nosotros están realizando este tipo de tarea en la actualidad, se trata de dar un paso más, de buscar una unión con todos aquellos que trabajan en esta línea para desde ahí plantear los cambios más urgentes que hemos de llevar a cabo en nuestra sociedad, sabiendo de verdad qué supone el dejar sin solucionar estos problemas. Se trata de intentar plantear esos pasos entre todos, lo decíamos más arriba: «Aquella mística de Péguy era la de los pobres de la tierra, y sabe que la liberación de los últimos es cosa de los últimos mismos, conscientes de padecer



tanto la explotación como la opresión y de no quererla para nadie». Se trata además de dar estos pasos hasta el final. De plantear los cambios en toda su profundidad, de intentar alcanzar también las estructuras. Una última cuestión nos queda por apuntar: ¿por qué ámbito empezar?. Está claro que hemos de empezar de abajo arriba. Son los ámbitos pequeños desde los que habremos de empezar. Máxime si en nuestra perspectiva entra un planteamiento donde queremos un poder compartido. Esto exige ensayar fórmulas para la rotación de cargos, decisiones de asambleas, etc. para las cuales por desgracia no hay mayor receta que la experiencia. Siempre se podrá buscar alguna orientación teórica o bien alguna experiencia concreta, pero el desarrollo de este tipo de instituciones depende en una gran medida de las actitudes aludidas que cada uno haya ido generando. De ahí que como en casi todo las recetas no sirvan.

Si de verdad queremos caminar hacia una sociedad verdaderamente democrática, una sociedad personalista y comunitaria; si queremos añadir nuevas posibilidades «de voto», si queremos ensanchar nuestro horizonte político este es a mi parecer el verdadero camino. Es más difícil y quizá más lento. Y desde luego que muchos de los interrogantes planteados anteriormente quedan formulados. Mas creo que si algún poder nos queda es el del servicio realizado.

Quizá leyendo estas páginas haya quien disienta totalmente del planteamiento y líneas apuntadas, o quien esté de acuerdo con ellas e incluso pueda aportar experiencias y reflexiones que nos ayuden esta tarea tan fundamental para todos aquellos que intentamos realizar una sociedad personalista y comunitaria. A todos ellos le invitaría a que se animaran a escribir señalando los fallos o aciertos de estas reflexiones.

**Andrés Simón.**  
**Licenciado en Filosofía.**  
**Del Instituto E. Mounier.**